

## **Discurso de Ofelia Fernández, dirigente estudiantil, 18 años, en la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, durante las Audiencias Públicas realizadas por la discusión sobre el proyecto de legalización de la interrupción voluntaria del embarazo.**

Versión taquigráfica, Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
29 de mayo de 2018

**Ofelia Fernández** - Señora presidenta: quiero empezar mencionando algo que dijo Mariana Rodríguez Varela, de quien se podría decir que encabeza al sector que se niega a reconocer el aborto en la Argentina: una niña de 11 años que es violada y queda embarazada tiene ahí la oportunidad de hallar la felicidad.

Cuando yo era chica y jugaba a la familia con mi prima, hacíamos de cuenta que nos íbamos a dormir y poníamos un bebé al lado nuestro; entonces, cuando despertábamos mágicamente un hijo aparecía. Así creíamos que funcionaba esto, así de listas estábamos para atravesar nueve meses de embarazo, un parto y la crianza de un tercero sin siquiera haber finalizado nuestra propia infancia.

Ni hablar de la levedad con que se menciona la violación. En esto soy de las que prefiere ahorrarse explicaciones. Me parece muy perverso tener que explicar en el año 2018 por qué está mal violar y por qué ser violada significa algo.

Es evidente que en esa etapa de nuestra vida la información, si no poca, es nula y sobre todo muy tendenciosa, porque estamos cargados de estereotipos. Pareciera que el amor solo existe en las góndolas que nos ofrece la televisión. Es decir, amaremos heterosexual y monogámicamente por el resto de nuestras vidas o simplemente no amaremos.

Quiero aclarar que no solo no contamos con suficiente información -o llega muy tarde y de forma exageradamente imperativa-, sino que recién se acercan a nosotras y a nuestra sexualidad cuando quedamos embarazadas. Pero no lo hacen para acercarnos herramientas, sino -como ocurrió toda la vida- para ordenarnos un mandato y nuestro presunto destino: ser madres.

Me parece absolutamente irresponsable que incluso existiendo la ley de educación sexual integral sancionada en 2006, esas personas hagan caso omiso de nuestras necesidades en forma sistemática y quieran pasarles por encima imponiéndonos necesidades ajenas, morales y clericales. En las escuelas, por ejemplo, no se nos incentiva a hacer preguntas; mucho menos, entonces, se nos otorgan respuestas.

Estamos aquí frente a una cuestión de oferta y demanda que las estudiantes tenemos muy clara: lo que se pide es información. Queremos que nos enseñen que la diversidad sexual existe, que nos hablen del ejercicio del placer y que nos introduzcan al mundo de la anticoncepción. ¿Cómo es posible que a cambio se nos ofrezcan oídos sordos, miradas llenas de juicio y órdenes que parecen ineludibles en cuanto a la maternidad?

Quienes se oponen al aborto tienen que hacerse cargo de que todo el vacío que se fundó en su desinterés fue reemplazado por autogestión. Hemos decidido conquistar nuestra libertad. ¿Cuándo firmamos un contrato diciendo que sí o sí querríamos ser madres? ¿Cuándo mostramos disposición a aceptar que los deseos de las instituciones son más importantes que los nuestros?

Hablamos del derecho al aborto como lo hacemos respecto del derecho a la libertad y a decidir sobre esto y lo otro. Es necesario que quienes no piensan como nosotros sepan que queremos otro estilo de vida y que no podemos seguir muriendo por rechazar el suyo.

Me encantaría estar hablando en sentido figurativo, pero nunca fui tan literal: desde que comenzó este debate se dice que el aborto clandestino existe y mata. Mujeres pobres y varones “trans” están muriendo por someterse a estas prácticas.

Hay un deseo muy fuerte en esta sociedad de marginar lo más posible a gente que ya está discriminada. Pero lo que me parece peligroso es que el Estado hoy es cómplice teórico y ejecutor femicida de esa teoría del horror. Las que corren otra suerte y pueden pagar un aborto seguro quedan pegadas a un tabú impuesto y a un trauma forzado -lo digo nuevamente- por romper con un contrato que nunca firmaron, por elegir la vida que quieren. Eso jamás debería darnos miedo pero, sin embargo, tememos a muchas cosas.

Los que invalidan esos miedos y angustias son los que no conocen nuestro mundo y tampoco quieren conocerlo, pero ese mundo existe. Tenemos relaciones violentas con celos, golpes y puteadas. También sufrimos cuando estamos en la calle y hombres de 60 años nos dicen, no muy amablemente, que quieren llevarnos a sus casas o cuando salimos a la noche y ponen drogas en nuestras bebidas. De la misma manera, los boliches y los viajes de egresados ubican abiertamente a las mujeres como objetos de consumo e invitan a los hombres a competir por ellas. Además, a veces somos abusadas hasta en nuestras propias casas.

En esas circunstancias, cuando estamos en verdadero peligro, es cuando me pregunto dónde están todos estos defensores de la integridad, la vida y la moral. ¿Dónde está el Ministerio de Educación? ¿Dónde están los directivos de las instituciones? ¿Por qué se asume que nos da miedo algo cuando no es cierto? ¿Por qué se asume que nos da miedo abortar? ¿Por qué no se atreven a preguntarnos cuáles son nuestros verdaderos miedos y angustias y pelean para terminar con ellos y no con otra cosa?

Lamentablemente, debe ser porque es tanto el culto a la propiedad privada en este país que quieren que las mujeres seamos parte de ella, pero -afortunadamente- esa contracara existe y para nosotras este es un tema saldado.

El pañuelo que llevamos es parte de nuestro uniforme en las escuelas. Estuvimos siempre en las calles y cada martes nos ubicamos frente al Congreso para reclamar lo que nos es propio. Somos las que esperan en vela el resultado de esta votación porque somos las que abortamos. Ahora toca a los legisladores consagrar para nosotras la posibilidad de decidir y de batallar contra esta opresión legalizando el aborto en la Argentina. De lo contrario, deberán ser conscientes de que con su verdad nos están mandando a morir sin pedirnos permiso.

A esta altura deberían saber que tenemos nuestro propio ejército: el que está en la avenida Rivadavia gritando “aborto legal”. Yo creo que donde se enuncia en primera persona hay indefectiblemente ausencia de derechos. Acá yo podría decir que no aborté; también podría confesar que abortaría y otra persona decir que ella no, pero una sociedad más justa no la voy a construir hablando de mí misma; lo haré militando por la libertad de los otros y de las otras. Porque lo único más grande que el amor a la libertad, es el odio hacia quienes la quitan. (*Aplausos.*)